

The Library
of the
University of North Carolina



Endowed by The Dialectic

Phi

PQ6217

.T44

THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT CHAPEL HILL



ENDOWED BY THE
DIALECTIC AND PHILANTHROPIC
SOCIETIES

BUILDING USE ONLY

PQ6217
.T44
vol. 16
no. 1-14

34
B40

PQ6217
.T44
vol 16
no. 1-14



a 00002 33996 3

eKS
FIVE
out on

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

EL CORAZÓN
EN LA MANO

PASO DE COMEDIA



MADRID

1919

EL CORAZÓN EN LA MANO

SERAFÍN Y JOAQUÍN
ÁLVAREZ QUINTERO

EL CORAZÓN
EN LA MANO

PASO DE COMEDIA

Escrito ex profeso para MATILDE MORENO, y estrenado
en el teatro Español el 12 de abril de 1919



MADRID
1919

Esta obra es propiedad de sus autores.

Los representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder o negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Droits de représentation, de traduction et de reproduction réservés pour tous les pays, y compris la Suède, la Norvège et la Hollande.

Copyright, 1919, by S. y J. Álvarez Quintero.

REPARTO

PERSONAJES

ACTORES

INESITA PEREIRA	MATILDE MORENO.
ARSENIO.....	RICARDO CALVO.

EL CORAZÓN EN LA MANO

Camarín de Inesita Pereira, actriz encantadora, en un teatro de Madrid. A la derecha del actor, la puerta de entrada, y a la izquierda, una de comunicación con el tocador. Muebles coquetones, retratos, flores, libros, luces, etc.

La escena está sola. A poco de alzado el telón llega Arsenio, señorito desocupado, a quien conocemos de verlo en los cuartos de todas las comediantas bonitas, especialmente en el de la Pereira. Viste de smoking.

ARSENIO. ¡Homõre! ¡Qué suertel ¡El cuarto solol ¡Esta comedia es una maravilla! ¡No trae gente ni al escenariol ¡Una maravilla! *Se acerca al tocador.* ¿Se puede?

Inesita habla desde dentro.

INESITA. ¡No! ¿Quién es?

ARSENIO. Un amigo: el de todas las noches.

INESITA. ¡Ah! Arsenio.

ARSENIO. Arsenio. Le ha salido a usted como si pensara: «ya está aquí este moscón».

INESITA. Ni más ni menos: ya está aquí este moscón.

ARSENIO. ¿De veras no se puede pasar?

INESITA. ¡No, hombre!

ARSENIO. ¿Ni usted puede salir tampoco?

INESITA. ¡Tampocol ¡Cuando usted no puede pasar!...

ARSENIO. ¡Que siempre ha de contestarme usted lo mismo!

INESITA. ¡Siempre! Yo soy muy constante.

ARSENIO. Yo, no. Es decir, yo también. Bueno, según los casos. Le advierto a usted que, con la luz del tocador, se transparenta la cortina y se ve todo.

INESITA. ¿Ah, sí? ¡Pues mejor para usted!

ARSENIO. ¡No; peor! Vislumbrando lo que no se nos quiere enseñar, se sufre mucho.

INESITA. Pues vuelva usted la cara.

ARSENIO. Se sufre más.

INESITA. Pues haga usted lo que se le antoje.

ARSENIO. ¿Lo que se me antoje? Si me dejara usted...

INESITA. ¡Vaya! ¿Venimos alegrito?

ARSENIO. No venimos triste.

INESITA. ¿Dónde se ha cenado?

ARSENIO. En la Peña.

INESITA. ¿Con quién?

ARSENIO. Solo.

INESITA. ¡Qué aburrimiento!

ARSENIO. No lo crea usted. La soledad no siempre es aburrida. Alguna veces, cuando parece que se está más solo, es cuando se está más acompañado.

INESITA. ¿Hola? ¡Metafísico estáis!

ARSENIO. ¡Es que he comido!

INESITA. ¿Y por Apolo, no ha pasado usted antes que por aquí?

ARSENIO. Esta noche, no.

INESITA. Pasó usted esta tarde.

ARSENIO. Pasé y entré.

INESITA. Ya me lo figuro.

ARSENIO. Ahora vengo de la Comedia. Pero sólo he estado un instante en el palco. *Pausa.* ¿Sale usted o no sale?

INESITA. Heme aquí. *Sale resplandeciente, vestida para escena. El traje queda encomendado al gusto de*

la actriz: no siempre ha de ser el gesto o la frase lo que se le encomiende.

ARSENIO. ¡A Dios gracias! *Contemplándola.* Se explica, se explica... ¡Se explica todo!

INESITA. Explíquese usted.

ARSENIO. Se explica la tardanza: se explica que los espejos del tocador traten de retenerla a usted. ¡Hasta en las lunas de los espejos hay desgracia y hay suerte!

INESITA. Me dijo usted anoche eso mismo.

ARSENIO. Es posible: tan verdad era anoche como lo es ésta.

INESITA. Menos mal: lo ha enmendado usted un poquillo. *Le tiende una mano, que él le estrecha.* No esperaba que viniera usted hoy.

ARSENIO. ¿Por qué?

INESITA. Lo hacía en el Real.

ARSENIO. No: no baila la Esparcita.

INESITA. ¡Ah, vamos!

ARSENIO. Además, estoy encantado con esta obra que dan ustedes.

INESITA. ¡Ave María Purísima! Será usted el único. No viene al teatro... ni el sexteto, que tiene obligación.

ARSENIO. ¡Pues por eso estoy yo encantado con ella! ¡Porque no viene un alma a estorbarme! ¡Ojalá dure en el cartel!

INESITA. Dígaselo usted al empresario.

ARSENIO. A tanto no me atrevo: acabo de verle la cara en el vestíbulo... Me creí un momento en la exposición canina. Pero esta comedia, para mí, es cabal; porque, además de que no trae gente, está muy bien pensada.

INESITA. ¡Cristiano!

ARSENIO. Yo encuentro bien pensadas las obras que dejan a las actrices mucho tiempo en su cuarto.

INESITA. ¡Ah! Entonces ésta sí es una maravilla. ¡Yo en este acto no salgo hasta el final!...

ARSENIO. Ya lo sé. A mí del teatro lo que me gusta son las actrices. Me asombra que haya habido una época en que los papeles de mujer los hicieran hombres y fuera nadie a verlos. ¡Jesús!

INESITA. Calle, calle...

ARSENIO. Ha debido usted ya decirme que me siente.

INESITA. ¡Qué lástima! ¿Necesita usted mi indicación?

ARSENIO. La necesito.

INESITA. ¡Pues espérela usted sentado!

ARSENIO. Eso quería: sentarme. *Se sienta junto a ella.*

INESITA. Mire usted qué natural nos ha salido esto.

ARSENIO. *Gozando de la soledad y recreándose en la belleza de Inesita.* ¡Está algo bien pensada esta obra!

INESITA. Vamos, no diga usted tonteras. Ni sea usted cruel. Es un tormento representar comedias así. Usted no sabe lo que yo sufro de salir a escena para decir todas las insulseces y todas las vulgaridades con pretensiones puestas en boca de este personaje. ¡Noto el ridículo sobre mí como pocas veces!

ARSENIO. Devuelva usted el papel.

INESITA. ¡Pobre autor! ¡Se muere! Cree que ha escrito un portento. Habla de Shakespeare como de un camarada. Le aseguro a usted, amigo Arsenio, que cada día estoy más harta de las pasiones del teatro, de esta lucha continua... ¡El teatro sería precioso para mí, representando siempre comedias artísticas, ante un público siempre culto!... ¡Pero cuando la profesión trae consigo todas las miserias de un negociol... *Con amargura.* ¡Ay ay ay!...

ARSENIO. No la conocía a usted quejumbrosa.

INESITA. Disimulo mucho.

ARSENIO. Bueno es saberlo. ¿Se retiraría usted con gusto de la escena?

INESITA. ¡Ya lo creo! En cuanto me tocase el gordo de Pascuas.

ARSENIO. ¿Nada menos que el gordo?

INESITA. Nada menos.

ARSENIO. ¿Y si le tocase a usted un novio... aunque no fuese gordo?

INESITA. No; el novio lo prefiero delgado. Pero es menos probable que el premio.

ARSENIO. ¿Menos probable? ¿Es que no juega usted?

INESITA. Sí, señor; que pruebo fortuna de cuando en cuando; saco mis decimitos. Sólo que no me valen. ¡Ayl... ¡La boda, en serio, de una actriz!... ¡Frierleral... Haga, haga memoria, a ver si usted conoce muchas... Los hombres, por lo general, no nos quieren más que para divertirlos. Entre nosotras no habrá seguramente dos historias iguales... pero hay muchas historias infortunadas...

ARSENIO. ¿Lo es la de usted, Inés? ¿Tiene capítulos dolorosos?

INESITA. ¡Mi historial... Mejor será que hablemos de otro asunto, ¿no?

ARSENIO. No; que se inicia un tema muy de mi agrado.

INESITA. ¿Le agrada a usted hablar de las mujeres que no se casan porque no encuentran novio? Porque mi historia, en rigor, es ésa.

ARSENIO. ¿Que usted no encuentra novio, Inésita?

INESITA. Novio a mi gusto, entienda usted.

ARSENIO. Lo tendrá usted muy delicado.

INESITA. Será eso. A las mujeres que se quedan

solteras no les pregunte usted nunca por qué no se casan: su respuesta siempre será la misma. En cambio, a los hombres, que tienen ancho campo donde elegir, sí debe preguntárseles.

ARSENIO. ¿A los hombres?

INESITA. A los hombres. Y yo voy a preguntárselo a usted ahora, ya que le agrada el tema. Dígame, curioso: usted, joven, bien parecido...

ARSENIO. Gracias, Inesita.

INESITA. Sin obligaciones, con dinero, con mucho dinero...

ARSENIO. ¡Psché!...

INESITA. Aburrido de no tener ocupación de día ni de noche, ¿por qué no se casa?

ARSENIO. *Suspirando.* ¡Ay!

INESITA. ¿Qué?

ARSENIO. ¡Ay!

INESITA. ¡Jesús, qué suspiros! ¿Es tan difícil la respuesta?

ARSENIO. Es difícil. Más difícil que tener los ojos cerrados delante de usted.

INESITA. Vaya, vaya, contésteme con formalidad, que a mí también me atrae la conversación. ¿Por qué no se ha casado usted, Arsenio? ¿Por qué no se casa? ¿Por qué no habla nunca de casarse?

ARSENIO. ¡Ea! Le voy a contestar a usted en serio; con franqueza; con el corazón en la mano. No me caso, Inesita, huyo del casamiento como de una mala tentación, porque tengo la seguridad absoluta de que engañaría a mi mujer a los seis días de matrimonio.

INESITA. ¡Criatura!

ARSENIO. Así, así. La seguridad plena.

INESITA. Pero ¿tan pronto? ¿A los seis días?

ARSENIO. ¡O a los cinco!

INESITA. ¡Por Dios! ¿Ni una semana de fidelidad?

ARSENIO. Ni una semana.

INESITA. Usted bromea, Arsenio. Eso es imposible.

ARSENIO. No, no bromeo, Inesita: lo tengo muy experimentado. Soy infiel por naturaleza. ¡Como el que nace cojo o chato, que no lo puede remediar!

INESITA. ¡Bah, bah! ¿Y dice usted que no bromea?

ARSENIO. Le hablo a usted con el corazón en la mano. Créame usted, Inés: esta es la verdad de mi corazón. Soy la inconstancia personificada. Tengo que pegársela a las mujeres: ¡es algo superior a mí! Y como soy un hombre de conciencia, me resisto a casarme.

INESITA. ¿A qué le llama usted conciencia?

ARSENIO. ¡A lo que lo es! La prueba es que huyo de engañar a la mujer propia. Tocante a las demás... ¿usted me comprende?... como sé de antemano que ellas han de engañarme a mí, no tengo escrúpulo ninguno. Pero ¿a mi mujer? ¡Vamos! ¡No sería yo quien soy!

INESITA. Ya, ya voy yo viendo quién es usted.

ARSENIO. Un hombre íntegro; un hombre de conciencia, repito; un hombre de convicciones arraigadas también. Porque no soy yo solo: es que la fidelidad masculina no existe.

INESITA. ¿Que no existe? Si así fuera, y todos pensarán como usted, nadie se casaría.

ARSENIO. ¡Nadie! ¡Qué duda cabe! Y si se casan, es porque casi todos tienen la manga más ancha que yo, y porque, además, en el momento de casarse creen a ojos cerrados que van a ser fieles como perros. *Reflexionando un punto.* Quizás haya debido emplear otro símil. En resumidas cuentas: no sé de un marido que no se la pegue a su mujer. Y yo no quiero entrar en esa cofradía de traidores.

INESITA. ¡Qué absurdo! ¡Hay miles!

ARSENIO. ¿Miles? Si yo descubriera uno solo, se

lo brindaría a su empresario de usted, para que se ganara un dineral enseñándolo por los pueblos.

INESITA. ¡Jesús, qué cosas oigo!

ARSENIO. Pero demos de barato que esto de la infidelidad general son visiones mías: no insisto en ello. Vengamos a mi caso, en el que nadie puede contradecirme. Yo lo sé a ciencia cierta; yo lo sé ya como si lo estuviera viendo; es fatal; es inevitable; yo engañaría a mi mujer... ¡en seguida!

INESITA. ¡Arsenio!

ARSENIO. ¡En seguida! Es que lo toco; es que lo masco. La engañaría con una amiguita de colegio, con una vecina de enfrente, con una de arriba, con una de abajo, con la modista, con la doncella...

INESITA. ¡Por Dios! ¿También en la casa?

ARSENIO. ¡También! ¿No le he dicho a usted que es superior a mí?

INESITA. Sí; como el que nace con joroba. Ya, ya. ¡Qué espanto! ¡Todas contra una!

ARSENIO. Eso es. ¿Usted cree que debo, pensando así, sintiendo así, enamorar a ninguna mujer para hacerla mi esposa? ¿decirle a ninguna que me quiero casar con ella?

INESITA. Lo que es a mí no me lo diga usted.

ARSENIO. ¿A usted no?

INESITA. ¿Y todavía me lo pregunta?

ARSENIO. Pues ahí tiene usted lo que son las cosas: a usted se lo hubiera yo dicho de muy buena gana.

INESITA. ¿A mí, Arsenio?

ARSENIO. A usted, Inesita. Y sigue en la mano el corazón. ¡A usted se lo hubiera yo dicho!

INESITA. ¡Oh! ¡Que me llamen a escenal!

ARSENIO. No; que esperen un poco. Usted sería una esposa ejemplar: bella, cada día con un nuevo encanto, apasionada, dulce, fiel, cuidadosa de su casita, orgullosa de ella...

INESITA. Muchas gracias. Y, no obstante, usted me la pegaría, ¿verdad?

ARSENIO. Indiscutible.

INESITA. ¿Indiscutible? Pues no me conviene.

ARSENIO. Me hago cargo.

INESITA. *Después de una pausa, llena de atrevidas ideas.* Es decir, verá usted. Vamos a pensarlo despacio; vamos por partes.

ARSENIO. ¡Caramba! Esto me seduce.

INESITA. Tiene varios aspectos el asunto. Sí, sí: tiene varios matices. Hablemos los dos claro. Calma, calma. Vamos a ver, vamos a ver... Yo también me voy a poner el corazón en la manita.

ARSENIO. Parecerá otra rosa.

INESITA. El horno no está para madrigales.

ARSENIO. ¿No, eh?

INESITA. No.

ARSENIO. Conformes. Pues a ver lo que me dice ese corazoncito. El mío, ante el caso, de la mano en que estaba se me ha subido a las orejas.

INESITA. A una oreja, será.

ARSENIO. A las dos: es muy grande.

INESITA. Sí: tamaño sí tiene. Como que es una fonda por lo visto.

ARSENIO. No divaguemos.

INESITA. No divaguemos. Usted me ha confesado que, a no ser por esos escrúpulos de su conciencia, de buena gana se casaría conmigo.

ARSENIO. ¡De muy buena gana!

INESITA. Pues, mire usted, yo, después de meditarlo un momento, aun conociendo a lo que me expongo, no tendría inconveniente en que usted me llevase a la vicaría.

ARSENIO. *Con arrebató.* ¡Oh! ¡Inesita adorable! ¡Vamos ahora mismo! ¡Qué abnegación más santa!

INESITA. Un poco de sosiego. Pasito, pasito: no

se alborote usted. Yo no sería esa esposa ejemplar que usted pintaba hace un instante; esa esposa modelo; pero siempre sería una mujer amante de su esposo; una mujer firme, fiel a la fe jurada. Porque así como usted ha nacido inconstante, yo he nacido con este sueño en mi alma: el de darle a un hombre que me quisiese mi vida entera. Se ha puesto usted un poquito pálido.

ARSENIO. Creo que sí.

INESITA. Una vez casada con usted, vaya por marido; con usted, a quien, se lo declaro noblemente, me inclina una especial simpatía... Sí, sí: el día que no hablo con usted parece que me falta algo... este es el Evangelio.

ARSENIO. ¡Inesita!

INESITA. Calma. Una vez casada, decía, ya podían venir a cortejarme todos los hombres de la tierra: los más ilustres, los más poderosos, los más artistas... ¡hasta los más tunantes, que suelen ser los más peligrosos en ocasiones! ¡Ya podían venir todos juntos! ¡Yo sería siempre fiel a mi maridito!

ARSENIO. ¿Sí?

INESITA. ¡Sí!

ARSENIO. ¡Qué grandeza de alma!

INESITA. Ahora...

ARSENIO. ¿Eh?

INESITA. Ahora, si se me presenta, por casualidad, un primo mío, capitán de Lanceros de la Reina, que está en Melilla...

ARSENIO. ¿Eh?

INESITA. Entonces...

ARSENIO. ¿Entonces, qué?

INESITA. ¡Entonces no respondo de mí!

ARSENIO. ¡Inesita!

INESITA. Le hablo a usted también con el corazón en la mano. Fué el primer hombre que me hizo aso-

marme, temblando, a una celosía, porque sentía sus pasos en la calle; fué el primer hombre que recogió para sí una rosa que a mí se me cayó del pecho; fué el primer hombre que me habló sin palabras; sin palabras que, sin embargo, sonaron en mi oído...

ARSENIO. ¡Ah, no, no!...

INESITA. ¿Cómo que no?

ARSENIO. ¡Como que no!

INESITA. ¿No acepta usted ni aun esta remota posibilidad de traición por mi parte?

ARSENIO. ¡Qué he de aceptar yo eso!

INESITA. ¡Qué egoísmo! ¡Me amenaza usted con traicionarme con media humanidad, y no tolera ni la sombra de un hombre que está lejos de aquí... y a quien pueden pegarle un tiro los moros el día menos pensado!

ARSENIO. ¡Que se lo peguen ya!

INESITA. ¡No, señor; que no se lo peguen! ¿Por quién? ¿Por uno de tantos como se acogen a la ley del embudo?

ARSENIO. ¡Mire usted qué demonio de primito, cuando ya casi nos habíamos puesto de acuerdo!...

INESITA. ¡Muy cómodamente para usted!

ARSENIO. ¿Lancero de la Reina me ha dicho usted que es ese hombre?

INESITA. Sí: lancero de la Reina. Muy guapo. Y muy bueno.

ARSENIO. ¿Y está en Melilla?

INESITA. Está... ¡está en los infiernos! Debía estar en Melilla.

ARSENIO. ¿Debía estar?

INESITA. Sí. Pero, por desgracia, no está en ninguna parte.

ARSENIO. ¿Qué? ¿No existe?

INESITA. No, señor; no existe. Lo he inventado

yo. No se encuentra un lancero guapo, y primo, así como así.

ARSENIO. *Respirando gozoso.* ¡Ah! ¡Qué dichal! ¡Se me ha quitado de encima, no un lancero, un cuartel! Pero ¿a qué ha venido esta burla?

INESITA. ¿Pero es que usted cree que se pueden tomar en veras las teorías amorosas de usted? No, Arsenio, no: esas teorías no tienen fundamento alguno; no responden a ningún latido del corazón; son cosas del ingenio, de la fantasía... frivolidades, discreto, gracia, buen humor... El día que se encuentre usted frente a una mujer que sea capaz de enamorarlo de veras, usted verá cómo se disipan, cómo insensiblemente se le desvanecen a usted, si no es que usted mismo, avergonzado, las espanta... Y entonces sí, entonces hablará usted con el corazón en la mano; pero no será el corazón de usted, sino el de ella; y por ser el de ella, usted lo cuidará como si fuese el suyo, mejor que si lo fuese; y querrá que guarde siempre el calor del pecho; y llorará de pena si por su ligereza o por su descuido, cae al suelo una sola gota de sangre.

ARSENIO. *Turbado.* Inés, amiga mía, eso debe de ser así, tal como usted lo ha dicho, porque yo empiezo a comprenderlo... a sentirlo quizás... ¿Estaré delante de la mujer que ha de realizar en mí esa transformación, ese milagro? ¿que ha de convertirme en constante? ¿que ha de lograr que yo quiera a una sola?...

INESITA. Me parece que no.

ARSENIO. *Apasionadamente.* ¿Que no?

INESITA. Lo ha preguntado usted como para que me parezca que sí.

ARSENIO. Contésteme usted sin evasivas.

INESITA. No puedo. Esas preguntas, si alguien ha de contestarlas, es usted mismo. *Suena un timbre.*
Me llaman a escena.

ARSENIO. ¡No se vaya usted ahora!

INESITA. ¿Y qué he de hacerle? Mientras no pesque el premio gordo en una forma u otra... Pero antes le voy a decir a usted unos versos de una comedia que estamos ensayando.

ARSENIO. ¿Quiénes? ¿Usted y yo?

INESITA. No, señor: mi compañía y yo.

ARSENIO. ¿Y son oportunos aquí?

INESITA. Por algo los he recordado. Usted juzgará:

Queriendo desligarse eternamente,
viven el corazón y el pensamiento...
Mas la verdad es una solamente;
y brilla, cuando brilla, en el momento
que piensa el pecho y la cabeza siente.

Arsenio la mira con atención y embeleso. Ella, sonriéndole, va hacia la puerta del cuartito. Cae el telón.

FIN

Madrid, marzo 1919.

OBRAS DE LOS MISMOS AUTORES

JUGUETES CÓMICOS

(PRIMEROS ENSAYOS)

Esgrima y amor.—Belén, 12, principal.—Gilito.—La media naranja.—El tío de la flauta.—Las casas de cartón.

COMEDIAS Y DRAMAS

EN UN ACTO

La reja.—La pena.—La azotea.—Fortunato.—Sin palabras.—Pedro López.

EN DOS ACTOS

La vida íntima.—El patio.—El nido.—Pepita Reyes.—El amor que pasa.—El niño prodigio.—La vida que vuelve.—La escondida senda.—Doña Clarines.—La rima eterna.—Puebla de las Mujeres.—La consulesa.—Dios dirá.—El ilustre huésped.—Así se escribe la historia.

EN TRES O MÁS ACTOS

Los Galeotes.—Las flores.—La dicha ajena.—La zagala.—La casa de García.—La musa loca.—El genio alegre.—Las de Caín.—Amores y amoríos.—El centenario.—La flor de la vida.—Malvaloca.—Mundo, mundillo...—Nena Teruel.—Los Leales.—El duque de Él.—Cabrita que tira al monte...—Marianela.—Pipiola.—Don Juan, buena persona.—La calumniada.

SAINETES Y PASILLOS

La buena sombra.—Los borrachos.—El traje de luces.—El motete.—El género ínfimo.—Los meritorios.—La reina mora.—Zaragatas.—El mal de amores.—Fea y con gracia.—La mala sombra.—El patinillo.—Isidrin o Las cuarenta y nueve provincias.—Los marchosos.

ENTREMESES Y PASOS DE COMEDIA

El ojito derecho.—El chiquillo.—Los piropos.—El flechazo.—La zahorí.—El nuevo servidor.—Mañana de sol.—La pitanza.—Los chorros del oro.—Morritos.—Amor a oscuras.—Nanita,

nana...—La zancadilla.—La bella Lucerito.—A la luz de la luna.—El agua milagrosa.—Las buñoleras.—Sangre gorda.—Herida de muerte.—El último capítulo.—Solico en el mundo.—Rosa y Rosita.—Sábado sin sol.—Hablando se entiende la gente.—¿A quién me recuerda usted?—El cerrojazo.—Los ojos de luto.—Lo que tú quieras.—Lectura y escritura.—La cuerda sensible.—Secretico de confesión.—La Niña de Juana o El descubrimiento de América.—El corazón en la mano.

ZARZUELAS

EN UN ACTO

El peregrino.—El estreno.—Abanicos y panderetas o ¡A Sevilla en el botijo!—El amor en solfa.—La patria chica.—La muela del rey Farfán.—El amor bandolero.—Diana cazadora o Pena de muerte al Amor.—La casa de enfrente.

EN DOS O MÁS ACTOS

Anita la Risueña.—Las mil maravillas.

MONÓLOGOS

Palomilla.—El hombre que hace reír.—Chiquita y bonita.—Polvorilla el Corneta.—La historia de Sevilla.—Pesado y medido.

VARIAS

El amor en el teatro.—La contrata.—La aventura de los galeotes.—Cuatro palabras.—Carta a Juan Soldado.—Las hazañas de Juanillo el de Molares.—Becqueriana.—Rinconete y Cortadillo.

Pompas y honores, *capricho literario en verso*. Fernando Fé, Madrid.

Fiestas de amor y poesía, *colección de trabajos escritos ex profeso para tales fiestas*. Manuel Marín. Barcelona.

La madrecita, *novela corta*.

La mujer española, *una conferencia y dos cartas*. Biblioteca Hispania, Madrid.

EDICIÓN ESCOLAR:

Doña Clarines y Mañana de sol, *Edited with introduction, notes and vocabulary by S. Griswold Morley, Ph. D. Assistant Professor of Spanish, University of California*.—Heath's Modern Language Series.—Boston, New York, Chicago.

TRADUCCIONES

AL ITALIANO:

I Galeoti.—Il patio.—I fiori (*Las flores*).—La pena.—L'amore che passa.—La Zanze (*La Zagala*), por GIUSEPPE PAOLO PACCHIEROTTI.

Anima allegra (*El genio alegre*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER Y LUIGI MOTTA.

Le fatiche di Ercole (*Las de Caín*), por JUAN FABRÉ Y OLIVER.

I fastidi della celebrità (*La vida íntima*), por GIULIO DE MEDICI.

La casa di García.—Al chiaro di luna.—Amore al buio (*Amor a oscuras*), por LUIGI MOTTA.

Il centenario, por FRANCO LIBERATI.

Donna Clarines, por GIULIO DE FRENZI.

Ragnatelle d'amore (*Puebla de las Mujeres*), por ENRICO TEDESCHI.

Mattina di sole.—L'ultimo capitolo.—Il fiore della vita.—Malvaloca.—Jettatura (*La mala sombra*).—Anima malata (*Herida de muerte*).—Chi mi ricorda lei? (*¿A quién me recuerda usted?*)—Così si scrive la storia, por GILBERTO BECCARI Y LUIGI MOTTA.

AL VENECIANO:

Siora Chiareta (*Doña Clarines*), por GINO CUCCHETTI.

El paese de le done (*Puebla de las Mujeres*), por CARLO MONTICELLI.

AL ALEMÁN:

Ein Sommerdyll in Sevilla (*El patio*).—Die Blumen (*Las flores*).—Die Liebe geht vorüber (*El amor que pasa*).—Lebenslust (*El genio alegre*), por el Dr. MAX BRAUSEWETTER.

Das fremde Glück (*La dicha ajena*), por J. GUSTAVO ROHDE.

Ein sonniger Morgen (*Mañana de sol*), por MARY V. HAKEN.

AL FRANCÉS:

Matinée de soleil (*Mañana de sol*), por V. BORZIA.

La fleur de la vie (*La flor de la vida*), por GEORGES LAFOND y ALBERT BOUCHERON.

AL HOLANDÉS:

De bloem van het leven (*La flor de la vida*), por N. SMIDT-REINEKE.

AL PORTUGUÉS:

O genio alegre.—Mexericos (*Puebla de las Mujeres*), por JOAO SOLER.

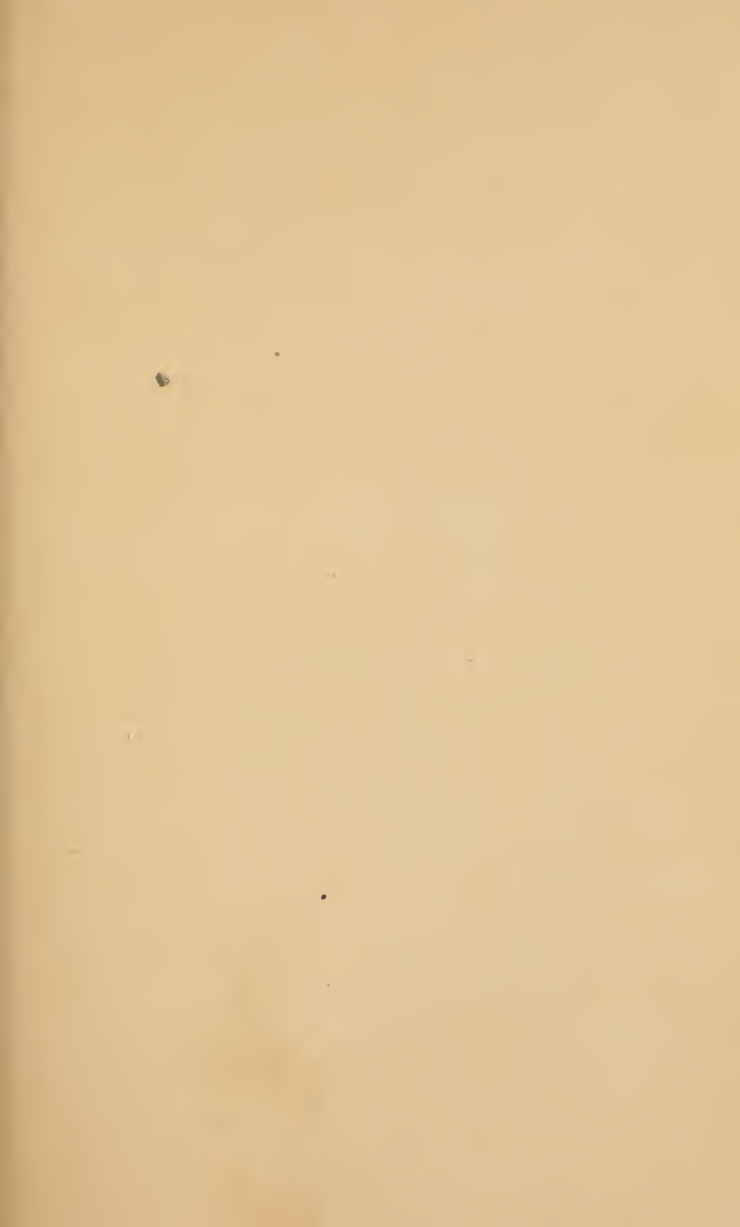
Marianela.—Assim se escreve a historia.—Segredo de confissão, por ALICE PESTANA (Caíel).

AL INGLÉS:

A morning of sunshine (*Mañana de sol*), por MRS. LUCRETIA XAVIER FLOYD.

Malvaloca, por JACOB S. FASSETT, JR.

By their words ye shall know them (*Hablando se entiende la gente*), por JOHN GARPETT UNDERHILL.



LIBRERÍA « FERNANDO FÉ »

PURTA DEL SOL, 15

SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES

PRADO, 24

UNA PESETA

**RARE BOOK
COLLECTION**



**THE LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF
NORTH CAROLINA
AT
CHAPEL HILL**

PQ6217
.T44
v.16
no.1-14

